

OBSTÁCULOS PARA LA TRANSICIÓN SOCIO-ECOLÓGICA: EL CASO DE CUBA EN EL "PERÍODO ESPECIAL"¹

Emilio Santiago Muíño²

Universidad Autónoma de Madrid.

Fecha de recepción: 1 de marzo de 2014

Fecha de aceptación en su versión final: 12 de mayo de 2014

RESUMEN

Durante la década de los noventa, el llamado Período especial cubano se convirtió en un proceso de transición social referencial para los movimientos ecologistas de todo el mundo, especialmente en el ámbito agroalimentario, en el que el país experimentó una profunda revolución agroecológica. El artículo revisa esta lectura sobre la viabilidad social cubana, haciendo énfasis en los obstáculos que la bibliografía científica internacional ha tendido a obviar. Posteriormente, a partir de una perspectiva más equilibrada de las luces y las sombras del caso cubano, se ofrecen algunas reflexiones genéricas para pensar las dificultades de la transición socio-ecológica.

Palabras clave: *Cuba, Periodo especial, transición societaria, sostenibilidad, cambio cultural.*

ABSTRACT

During the 90s, Cuban Special Period developed into a social transition process of reference for the environmental movements all around the world, especially in the agri-food field in which the country experienced a deep agroecological revolution. This article reviews this understanding of Cuban social viability, stressing the obstacles the international scientific bibliography has tended to ignore. Later on, from a more balanced perspective of the good and bad points in Cuban case, some generic reflections are made in order to think about the difficulties of socio-ecological transition.

Key words: *Cuba, Special Period, social transition, sustainability, cultural change.*

¹ Este artículo es un breve resumen que adelanta algunos avances de la investigación que conforman mi tesis doctoral, todavía en proceso. Esta tesis, realizada desde la antropología aunque con una profunda vocación transdisciplinar combina la revisión bibliográfica del caso cubano con un ejercicio de trabajo de campo etnográfico en la isla, que acumula a principios de 2014 algo más de cinco meses de estancia en Cuba.

² emilio.santiago.muino@gmail.com. Colaborador del Grupo de Investigación Transdisciplinar sobre Transiciones Socioecológicas/ Transdisciplinary Research Group on Socioecological Transitions (GinTRANS2).

INTRODUCCIÓN: CUBA, UN OBSERVATORIO PARA EL DECLIVE ENERGÉTICO DEL SIGLO XXI

En 1991 la desintegración del campo socialista, en el que estaba inserta la economía cubana, junto con el endurecimiento del bloqueo estadounidense³ y el efecto acumulado de una serie de distorsiones socio-económicas endógenas, arrojó a Cuba a una crisis estructural de carácter multidimensional y efectos dramáticos. Analizando los datos, puede considerarse una de las crisis más graves sufridas por una nación industrial, no implicada en un conflicto bélico directo, en toda la historia reciente. El PIB se contrajo, en dos años, un 36%; se perdió un 85% del comercio exterior; la producción agrícola se redujo a menos de la mitad de los niveles de los años noventa del siglo XX; la subalimentación, que había sido un fenómeno erradicado, reapareció en más del 20% de la población (Sinclair y Thompson 2001). Esta crisis tuvo muchas expresiones, pero incidió de modo muy severo en el plano energético: si en 1989 el metabolismo social cubano consumía 13 millones de toneladas de petróleo, en 1993 apenas llegaba a 6,6 millones de toneladas⁴. Actualmente, a pesar de la recuperación económica y la ayuda venezolana, el consumo de petróleo no se ha recuperado. Durante la década del 2000 se mantuvo estable en unos 8 millones de toneladas, y partir del 2010 el incremento de importación de derivados del petróleo ha permitido alcanzar los 11 millones de toneladas (ONE 2012). Este dato sigue siendo un 16 % más bajo que en la época soviética. Por ello puede considerarse a Cuba una nación que ya ha transitado por un pico del petróleo, aun de forma parcial, y que puede servir de laboratorio donde estudiar los efectos del declive energético que enfrentarán nuestras sociedades en el siglo XXI.

En esas difíciles circunstancias y contra todo pronóstico, el proyecto revolucionario resistió. Y no sólo resistió, sino que lo hizo ensayando una transición social innovadora. Desde mediados de los noventa, misiones científicas internacionales comenzaron a informar de un proceso adaptativo inesperado, que resultaba especialmente interesante en el ámbito agroalimentario: una suerte de conversión agroecológica a gran escala, que lograba producir alimentos con muy bajos insumos energéticos, y que además contaba con el apoyo decidido del Estado cubano (Rosset y Benjamin 1994). Rosset denominó "*el reverdecimiento de la Revolución*" a este conjunto de procesos que parecían un experimento histórico de vanguardia, un ejemplo pionero de cómo una sociedad industrial podía adaptarse a una escasez extrema de combustibles fósiles sin sufrir una catástrofe alimentaria. El milagro cubano pronto ganó reputación de gran respuesta agrícola alternativa y ejemplo de transición hacia una sociedad post-petróleo (Wright 2005). Hoy movimientos sociales ecologistas de todo el mundo, especialmente aquellos que trabajan en la línea de apostar por el decrecimiento económico, miran a Cuba como una fuente de inspiración (Pfeiffer 2003, Véspera de Nada 2013).

Frente a esta idea es importante aclarar desde el principio que Cuba no es, ni nunca ha sido, una sociedad en transición a una matriz energética post-combustibles fósiles. Cuba es una sociedad que ha sufrido una adaptación coyuntural, muy compleja, a un escenario que tiene algunas semejanzas con nuestro futuro energético a medio plazo. En esta adaptación algunas experiencias son muy estimulantes; pero otras lo son menos. Y es que para afrontar el declive energético del siglo XXI, Cuba casi resulta más interesante por sus fracasos que por sus logros.

En las siguientes páginas se intentará aportar algo nuevo a la mucha documentación ya existente sobre el caso del pico del petróleo cubano, procurando prestar más atención a las sombras que a las luces de la experiencia cubana. Tras casi 25 años, unas y otras se ven con mayor nitidez. Y si se va a poner un mayor énfasis en los problemas es porque estos, fuera del país, tienden a ser minimizados. Los logros

³ Aunque el colapso soviético y el agotamiento del modelo económico implantado a mediados de los 70 a partir de la institucionalización del proceso revolucionario tuvieron un peso fundamental en la debacle de la economía cubana, ésta no puede calibrarse en toda su magnitud si no se encuadra en una serie de medidas políticas tomadas desde Washington para ahogar a la isla y forzar un cambio de régimen, especialmente las leyes Torricelli (1992) y Helms-Burton (1996).

⁴ De los cuales 1,1 era producción nacional de baja calidad por su alto contenido en azufre y el resto importado (1,6 millones petróleo crudo y 3,9 millones de derivados) (ONE 2012).

cubanos en materia de agroecología son sin duda excepcionales. Pero si no cuajamos esos logros en un contexto que explique también sus muchas dificultades y obstáculos, seremos incapaces de avanzar hacia logros análogos en otras latitudes geográficas y en otras latitudes políticas.

EL REVERDECIMIENTO DE LA REVOLUCIÓN: ¿TRANSICIÓN SOCIO-ECOLÓGICA, LOGRO SOCIALISTA O AJUSTE ESTRUCTURAL?

La historia de lo que Peter Rosset denominó "*el reverdecimiento de la Revolución*" está muy bien contada. Él y otros muchos investigadores han explicado al mundo cómo Cuba logró adaptarse a la escasez de petróleo e insumos agrícolas tras el colapso soviético (Rosset y Benjamin 1994, Pfeiffer 2003, Murphy y Morgan 2013). El llamado Periodo especial supuso para Cuba, entre otras reformas, una revolución agroecológica cuyas claves fueron la sustitución de los insumos químicos por biotecnologías (biofertilizantes, bioplaguicidas, tracción animal, rotación y asociación de cultivos), precios justos para los agricultores, redistribución de la tierra a través de una reforma agraria y énfasis en la producción local, que derivó en una explosión de la agricultura urbana (Rosset y Bourque 2001). Podríamos añadir a esta lista el reencuentro entre saberes campesinos y ciencia agrícola gracias al desarrollo de procesos científicos participativos, como el proyecto de Fitomejoramiento participativo del Programa de Innovación Agraria Local (PIAL) o el Movimiento Agroecológico de Campesino a Campesino (MACAC)⁵.

Este conjunto de procesos transformadores de signo agroecológico ha obtenido logros en muchos ámbitos. El más evidente es que Cuba consiguió evitar que la grave crisis alimentaria que sufrió a principios de los noventa derivara en un escenario de mortandad masiva, a diferencia de otra de las naciones que también sufrió lo que John M. Kramer llamó el shock de la energía de 1990-1991, que fue Corea del Norte (Boys 2000). Sin embargo es erróneo hablar de un paradigma agroecológico, tal y como defienden muchos análisis extranjeros. Si algo unifica a estos cambios es su carácter coyuntural, parcial, poco coherente: cambios motivados por la necesidad y enfocados al corto plazo. Caridad Cruz, una importante medioambientalista cubana, lo afirmaba con rotundidad en una entrevista personal: "Nunca fue un cambio de paradigma. La cuestión era sobrevivir".

Para 1999, después de una década crítica, Cuba había sorteado el fantasma de la inanición de masas y había recuperado las pautas de consumo de energía alimentaria recomendadas por los organismos internacionales como la OMS y la FAO (Ferriol 2006). La dieta calórica había ascendido hasta las 2437 calorías, un nivel que aún estaba lejos de las 3100 calorías de la década de los 80, pero que supuso una mejoría notable respecto a los niveles medios durante la crisis, que oscilaron entre las 1600 y las 1900 calorías según diversos autores (Oliveros Blet 1998, Mesa-Lago 1998). Todavía persistían en el año 2000 problemas sanitarios derivados de la restricción alimentaria, como que entre el 14% y el 24% de las embarazadas tenían un peso más bajo del normal y un 40% deficiencias de hierro y anemia (Sinclair y Thompson, 2001), pero en general el restablecimiento de los estándares de salud previos al golpe de los 90 se consolidaba. ¿Cómo sobrevivió Cuba? La respuesta no resulta sencilla, pero es importante reconocer que Cuba no sobrevivió sólo mediante la transformación ecológica del proyecto revolucionario. De hecho esta transformación no se dio como política de Estado coherente ni como proyecto intencional, sino más bien por la confluencia de un mosaico de procesos emergentes desordenados.

⁵ Resulta imposible profundizar en ello por falta de espacio, pero el lector que desconozca el caso cubano tiene que tener en cuenta no sólo la historia de su reconversión agroecológica, sino cómo esta reconversión responde a un modelo agrario implantado en los años 80 que podía ser descrito con base en los siguientes rasgos: primacía absoluta del sector estatal, que contralaba casi el 80% de las tierras; 70% del suelo del país destinado a ganadería y caña de azúcar; alta tecnificación del proceso agrícola con respecto a los parámetros de la Revolución Verde.

Hay quienes sostienen que el carácter socialista de Cuba fue fundamental para asegurar su viabilidad: a supuesta primacía de la política sobre la economía⁶, los mecanismos de planificación, la cobertura social universal, la organización y disciplinamiento posible gracias a un Estado fuerte y una voluntad política puesta en la equidad habrían sido los factores que explicarían que Cuba no se desmoronase ante el shock petrolífero (González Pozo 1995). Por el contrario, los discursos liberales afirman que la fractura metabólica cubana se reparó en la medida en que el gobierno fue abriendo, a regañadientes, espacios a la lógica del mercado insertando a la isla en la economía capitalista global, lo que habría ido racionalizando, a pesar de las trabas ideológicas y políticas, un entramado económico distorsionado por la planificación centralizada. Entre estos dos extremos existen posturas intermedias en las dos orillas del estrecho de Florida: del mismo modo que Carmelo Mesa-Lago (2005) reconoce la importancia de las políticas públicas socialistas en la viabilidad social de los años noventa, autores cubanos insisten en que la apertura al mercado fue clave para dar continuidad al modelo socialista (Everleny 2010, Valdés Paz 2009).

Cada una de las partes implicadas en esta polémica guarda un fragmento de verdad. Una aproximación no superficial al Periodo especial cubano debe reconocer que la viabilidad social de la Revolución combinó estrategias diversas con orientaciones divergentes y lógicas contradictorias. Es evidente que la inserción de la isla en la economía capitalista global y la reconstrucción de su sector externo tuvieron un papel importantísimo. Primero a través del turismo y el níquel, y después mediante la alianza regional del ALBA-TCP. Esta fue la fuente de divisas que ha permitido a Cuba comprar la comida que ha tenido que seguir importando. Como también tuvo un peso decisivo el reconocimiento de espacios al mercado dentro de la economía doméstica. En el terreno alimentario, la liberalización del mercado agropecuario en 1994 fue una reforma fundamental. Las nuevas expectativas de ganancia para los productores de alimentos, especialmente para los campesinos con un menor nivel de compromiso de venta con el Estado, contribuyeron primero a una bajada radical de los precios de los alimentos en el mercado negro y, posteriormente, a un significativo aumento de la producción de comida (Pérez Rojas 2001). Esta se había mantenido tradicionalmente deprimida, entre otras causas, por la política gubernamental de comprar a los agricultores los alimentos a precios bajos para poder subsidiar el sistema de racionamiento alimentario ("la libreta"). Pero siendo esta apertura al mercado una de las claves de la adaptación cubana, tampoco se puede rebajar la importancia de las políticas públicas cubanas y su espíritu social a la hora de amortiguar el golpe y evitar escenarios catastróficos. El mismo sistema de racionamiento que lastraba, y todavía lastra, la productividad agropecuaria fue fundamental para evitar el acaparamiento privado de comida y por tanto la hambruna.

IMPACTOS SOCIO-CULTURALES DEL *PEAK-OIL*

Cuando uno se acerca a los cubanos de a pie para compartir su experiencia personal del Periodo especial, lo primero que estremece es el alto nivel de sufrimiento social que se vivió durante aquellos años. Es importantísimo, para pensar la transición socio-ecológica, no desmerecer el enorme esfuerzo que supuso el *shock* energético en Cuba. Con una vida cotidiana totalmente alterada por la escasez de energía, hasta el gesto más trivial se convirtió en una odisea. El Estado cubano garantizó, con mucho esfuerzo, unos mínimos alimentarios, que la gente intentó complementar produciendo alimentos por cuenta propia. Pero aun así no se logró evitar un desplome calórico de grandes proporciones (por no hablar de otros aspectos más cualitativos de la nutrición), que se tradujo en todo tipo de problemas de salud, un aumento de la tensión psicológica, de los conflictos sociales y un desencanto que tomó la forma de ritos de paso biográficos que marcaron un antes y un después. Y es que para muchos cubanos y cubanas, con la irrupción de la penuria

⁶ Como afirma Robert Kurz (1994), el postulado de la primacía de la esfera política sobre la esfera económica, e incluso la misma distinción de estas esferas como campos separados, debe ser cuestionado a medida que se profundiza en la comprensión teórica de cómo la dinámica tautológica de valorización del capital configura el proceso de constitución social de la modernidad, incluida la fisiónomía que adoptan las sociedades políticas contemporáneas.

se quebraba algo más importante que el bienestar cotidiano: la ilusión y la fe en el mito político al que habían entregado su juventud. En este escenario de descomposición de referentes ideológicos y culturales, Cuba conoció un auge espectacular de las conductas religiosas y espirituales (Perera Pintado 2006)⁷.

Curiosamente, en una sociedad paralizada, el estrés cotidiano se volvió insoportable. En parte, por el colapso del transporte. El transporte es recordado por casi todos los cubanos como el punto más crítico de su experiencia del pico del petróleo: cubrir el trayecto del trabajo a casa suponía esperar durante horas, sin poder atenerse a ningún horario ni regularidad, a vehículos extremadamente hacinados; o pedalear durante largos kilómetros en pesadas bicicletas importadas de China, cuya calidad no era precisamente elevada. Paralelamente buena parte de la supervivencia diaria se volcó en el mercado negro. Así, al tiempo destinado al trabajo y el transporte se le sumó el tiempo que los cubanos tenían que dedicar a "*luchar, inventar o resolver*", términos que nacieron como eufemismos para disfrazar una economía sumergida fundamental para garantizar los ingresos extrasalariales que necesitaban, y siguen necesitando, las familias cubanas de cara a cumplir muchas de sus necesidades básicas.

Una de las dimensiones menos comprendidas del pico del petróleo cubano es cómo éste afectó al sistema salarial. El *shock* económico y energético invirtió radicalmente la pirámide social del país, arruinando la estructura de incentivos sociales y modificando la esencia del proyecto político cubano. En un periodo muy corto de tiempo cientos de miles de profesionales, que en los años ochenta tenían un alto nivel de vida, vieron sus salarios brutalmente deprimidos por un proceso inflacionario salvaje, que alcanzó cifras de un 150% en 1991 y un 200% en 1993. "*El salario de 189 pesos cubanos CUP de 1989 equivale en términos reales a 46 pesos para la misma estructura de gasto y mercados que en ese año 2007*" (Sánchez-Egozcue y Triana 2010:113). Al mismo tiempo la reinserción de Cuba en el mercado mundial hizo surgir una nueva economía que giraba alrededor de las divisas de los turistas. Esta reinserción económica resultó necesaria, una apuesta a vida o muerte para un país que necesita urgentemente financiación para comprar combustible y comida: pero las consecuencias han sido graves. Una de las más significativas es que el turismo se convirtió en un foco de atracción de mano de obra cualificada. Pero más desestabilizador todavía ha sido la introducción *estructural* de la desigualdad en un sistema que buscó, casi como ningún otro en el mundo, la equidad social⁸. Hoy se abre un abismo entre el cubano que tiene acceso a divisas -por las propinas del turismo o por remesas familiares- y el cubano que no lo tiene. Y aunque esta diferencia sigue siendo más pequeña que en la mayoría de los países de América Latina, lo que explica en parte la legitimidad que todavía mantiene el proyecto revolucionario, se trata sin duda de una bomba de relojería para un régimen que educó a su población en la igualdad socialista. Por ello, los cubanos de hoy viven en una especie de esquizofrenia cultural, atrapados entre dos mundos: el de un discurso ideológico socialista e igualitario y unas prácticas cotidianas que reproducen y ahondan la creciente fractura entre clases sociales.

Por último, hay otro impacto socio-cultural del pico del petróleo cubano que es preciso remarcar. Megan Quinn defiende, en un documental muy famoso dentro de los círculos ecologistas⁹, que Cuba sobrevivió gracias al poder de la comunidad. La afirmación es veraz pero hay que realizar un matiz fundamental: la comunidad también se transformó en Cuba a consecuencia del pico del petróleo. Hasta 1989 el proyecto revolucionario había logrado generalizar un paradigma de *solidaridad universal* que regía la vida de las comunidades cubanas. El apoyo mutuo entre cubanos era habitual independientemente del

⁷ Es importante introducir un matiz: la explosión de religiosidad de los noventa no fue un fenómeno surgido de la nada, sino que bebió de una religiosidad oculta bajo el ateísmo oficial implantado por el gobierno revolucionario y que durante 30 años se había replegado en el ámbito de lo privado.

⁸ Hasta 1989 el coeficiente de Gini cubano era de 0,25 (Casanova Montero 2006:68) y la relación entre los salarios más altos y más bajos de 4,5 a 1. Estos datos son propios de una de las sociedades más igualitarias del planeta. A partir de 1999 el índice de Gini cubano aumentó según todos los estudios, aunque en proporciones variables. Mesa Lago (2005) habla de un ascenso hasta el 0,407, mientras Cassanovas Montero (2006) fija la cifra en 0,38.

⁹ The power of Community: how Cuba surviving the peak oil (2006). La página web del documental es la siguiente: <http://www.powerofcommunity.org/cm/index.php>

grado de cercanía personal. La gente se sentía mancomunada por su pertenencia a una categoría que la Revolución engrandeció hasta construir una imagen de sujeto trascendental, llamado a hacer historia: el pueblo cubano, pueblo pionero que emprendía el camino del socialismo en América. Esto dio lugar a un modelo de convivencia caracterizado por un alto sentido de la civilidad y la responsabilidad colectiva.

El pico del petróleo arruinó este modelo de convivencia. La miseria material cotidiana y la desigualdad creciente transformaron a los cubanos, generalizando una espiral de hurtos y una psicosis en torno a la seguridad en una sociedad acostumbrada a un alto nivel de respeto por los derechos del otro. En este contexto, *la solidaridad mutó de universal a particular*. La gente se replegó sobre los intereses propios, los de su comunidad más cercana (familia, amigos y vecinos directos), cerrando filas contra la hostilidad de una vida cotidiana en derrumbe. La ruina del modelo de convivencia revolucionaria tuvo un efecto devastador en el paisaje de las ciudades cubanas: las casas se enrejaron, obsesionados sus habitantes por proteger la propiedad familiar de un espacio público que se había vuelto amenazante. Como dice Ramón García (2012), ensayista libertario cubano:

"Lo humano en Santa Fe, en 1976, era recibir un litro de leche que en la madrugada el carrero había dejado en la puerta de casa sin que nadie se atreviera a tomarlo antes de dicha familia. Ahora la expresión de lo humano son las viviendas enrejadas."

CUBA, UN SATÉLITE EN BUSCA DE UN PLANETA

La autosuficiencia alimentaria cubana es un mito. En materia de comida, Cuba sigue siendo un satélite en busca de un planeta. Las cifras exactas de importación de alimentos están en discusión. Fernando Funes, uno de los científicos agroecológicos más reputados de Cuba, discutió hace unos años con Dennis Avery la proporción de alimentos que Cuba importa anualmente (Funes 2009b, Avery 2009). Avery argumentaba que la revolución orgánica cubana era una gran mentira porque Cuba seguía importando el 84% de los alimentos que consumía. Funes reprochó al canadiense diversos errores, como confundir la comida producida por el sector estatal con la producida por el sector no estatal. Atendiendo a diversas fuentes, Funes (2009a) establece que Cuba debe estar importando alrededor del 50% de los alimentos que consume¹⁰. Esta sigue siendo una cifra muy alta para un país de solo once millones de personas, capacidades ecosistémicas para ser autosuficiente y logros agroecológicos contrastados. Curiosamente, el primer socio comercial de Cuba en materia alimentaria es hoy Estados Unidos. Esta dependencia del enemigo geopolítico ha generado inquietud ante la posibilidad de que se convierta, a largo plazo, en un punto débil para la continuidad del régimen revolucionario (Pérez Pérez 2007).

En términos comparativos, y *en relación a la época soviética*, Cuba sí es ahora más soberana en materia alimentaria. En la gran mayoría de los alimentos vegetales, produce más con menos: más comida de origen nacional gastando menos petróleo y menos fertilizantes importados, aunque la situación ya no es la de los años noventa. Desde el ingreso de Cuba en el ALBA y los acuerdos de cooperación con Venezuela, el sistema agrícola cubano volvió a contar con insumos químicos y combustible para los tractores. Sin embargo, su metabolismo agrario nunca volvió a consumir las ingentes cantidades de energía que usaba en los ochenta, donde Cuba superó a los maestros del Norte en la aplicación del modelo de la Revolución Verde¹¹. En términos generales, Cuba ganó en ecoeficiencia alimentaria, y por tanto en soberanía. Pero

¹⁰ No puede olvidarse que tras la inserción de Cuba en la economía capitalista como gran central azucarera del Sistema Mundo a finales del siglo XVIII el metabolismo social cubano ha sido crónicamente dependiente de la importación alimentaria y nunca ha dejado de importar, como mínimo, el 40% de sus necesidades alimentarias.

¹¹ El espectacular desarrollo industrial del campo cubano en la era soviética sólo es posible apreciarlo comparativamente. La densidad de tractores, uno por cada 50 hectáreas, era similar a la de Europa o los EEUU. El uso de fertilizantes (92 kg de nitrógeno por hectárea) se situaba en rangos europeos y casi doblaba a los empleados en la agricultura norteamericana. Y la irrigación mecánica era dos veces mayor que la irrigación estadounidense y cubría una cuarta parte del suelo agrícola cubano (Wright 2005).

todavía no es capaz de alimentar al conjunto de su relativamente pequeña población, lo que supone una de las mayores sombras del "reverdecimiento de la Revolución".

Hay otro aspecto de la dependencia cubana que es menos visible pero resulta un factor determinante para evaluar su transición hacia la sostenibilidad: la cooperación internacional. Los proyectos cubanos de transformación agroecológica más interesantes cuentan todos con el paraguas financiero de diversos organismos internacionales. Así por ejemplo el *Movimiento nacional de permacultura* tiene la cobertura de la ONG alemana *Brot für die welt*, y tanto el *Programa de Innovación Agraria Local* como la ACTAF reciben financiación de la *Agencia Suiza para la Cooperación y el desarrollo*. Como me explicaba una científica ambiental cubana, en parte es una estrategia comprensible: el Estado, con un margen de maniobra financiera muy escaso, prioriza la inversión segura, como la compra de alimentos en el mercado internacional, y deja a la cooperación las inversiones más arriesgadas: los proyectos agroecológicos, que no dejan de tener un estatuto de experimento. Sin embargo, un militante ecologista cubano del colectivo independiente *El Guardabosques* tenía otro punto de vista: si uno se fija en donde van a parar las inversiones fuertes del Estado, como por ejemplo a los cultivos transgénicos, que también son una realidad experimental, descubre cuáles son las verdaderas prioridades de la dirigencia política.

Más allá de esta polémica, la vinculación entre transformación sostenible y financiamiento externo es problemática. Max Neef (1986) nos recuerda que cualquier desarrollo alternativo tiene que estar cimentado en un impulso endógeno. En otras palabras, ser un proyecto autogestionado y económicamente autosuficiente. Si no, se tratará de un proyecto frágil, que caerá cuando las coyunturas desvíen los flujos de dinero proveniente de la cooperación internacional.

LA AGRICULTURA URBANA EN LA ENCRUCIJADA

Uno de los ámbitos donde la conversión agroecológica cubana logró un mayor impacto fue en la agricultura urbana. Los informes científicos (Cruz y Sanchez 2001, Funes 2009a) apuntan que Cuba ha logrado satisfacer las necesidades vegetales que recomienda la FAO (300 gramos de vegetales frescos por persona y día) sólo con su agricultura urbana, lo cual supone un éxito indudable. Instituciones tan poco sospechosas de filocastrismo como el Banco Mundial han recomendado a muchas naciones del Tercer Mundo inspirarse en el programa de agricultura urbana cubano (Banco Mundial et al., 2000). Sin embargo, en este tema es común un error de percepción. La agricultura urbana en Cuba es un fenómeno heterogéneo y no toda la agricultura urbana se corresponde con la idea que los ecologistas han ayudado a construir, que es básicamente el cultivo en organopónicos¹². En Cuba se define legalmente como agricultura urbana toda actividad agraria dada en un radio de 10 km desde el centro de la cabecera provincial, 5 km desde las capitales municipales, 2 km alrededor de poblaciones de más de 10.000 habitantes y toda la producción local de los asentamientos menores de mil personas. Para una ciudad como La Habana, tributa como agricultura urbana tanto una pequeña terraza familiar de La Habana Vieja como una finca campesina de 20 hectáreas a las afueras de la ciudad. Hay que entender, por tanto, que en los éxitos productivos de la agricultura urbana en Cuba participan unidades de producción que en nuestra mentalidad consideraríamos casi más cercanas al mundo rural.

Al margen de esta puntualización, importante para diseñar hipotéticas transiciones ecosocialistas en entornos urbanos, la agricultura urbana en Cuba está afectada por varios problemas estructurales. Uno de los más graves es el agua. El riego en las grandes ciudades, como La Habana, depende del aporte

¹² Los organopónicos son un sistema de cultivo urbano ideado en Cuba para plantar en superficies con suelos poco aptos para la agricultura. El sistema se basa en la creación de un suelo fértil artificial, que se genera importando tierra que es contenida por grandes canteros o macetas de un metro de ancho aproximadamente y varias decenas de metros de largo. Estos canteros se organizan en hileras que permiten un óptimo aprovechamiento de los espacios urbanos infrautilizados para la producción alimentaria o de plantas medicinales.

de agua del acueducto, una estructura altamente demandante de energía eléctrica. Si en la evaluación de la sostenibilidad de la agricultura urbana se incluyera el coste energético del riego, seguramente obtendríamos resultados poco alentadores en términos ecológicos (Cruz y Sánchez, 2001). Otro grave problema es la ubicación de los organopónicos. Muchos de los grandes huertos urbanos se sitúan al pie de carreteras y grandes avenidas. Durante el Periodo especial la situación espacial de los organopónicos no era problemática. Al fin y al cabo la reducción drástica del tráfico rodado, provocada por la escasez de gasolina y gasóleo, convirtió a dichas avenidas en lugares sin movimiento de vehículos, y por tanto sin apenas contaminación. Sin embargo, la moderada reactivación económica de Cuba ha supuesto el retorno de los coches. Hay que tener en cuenta además que la gasolina cubana sigue llevando plomo y que el parque automovilístico es muy antiguo. Hoy muchos de los vegetales que se producen en los organopónicos están expuestos a niveles de contaminación muy altos. Estudios como los de Armas y Castro (2007) certifican la presencia de vegetales contaminados con metales pesados en huertos urbanos y organopónicos situados en las zonas de mayor tráfico y mayor polución atmosférica.

Por último, hay que señalar que la agricultura urbana se encuentra en una encrucijada. La escasez de viviendas es uno de los problemas sociales más graves que sufre Cuba, donde muchas familias sobreviven hacinadas en edificios antiguos con pésimas condiciones de habitabilidad. Aunque la construcción de nuevas viviendas se ha aplazado de forma crónica como efecto de la crisis económica, es una tarea prioritaria para el gobierno y se acometerá en cuanto el crecimiento económico del país otorgue un poco de margen a la inversión pública. Como es obvio, los espacios candidatos a ser reconvertidos en viviendas son los ocupados por la agricultura urbana. En este sentido, la dirigencia cubana sigue anclada a la estrecha racionalidad económica capitalista. Bajo esta lógica los costos reales de las cosas están distorsionados por un sistema de precios construido por indicadores de percepción subjetiva incapaces de comprender, por ejemplo, la subvención energética que en materia alimentaria suponen los combustibles fósiles. Como ya demostraron los estudios clásicos de Pimentel (2008), que traer alimentos de lejos sea más barato monetariamente que cultivarlos en la propia ciudad no significa que esto sea así en términos materiales. Pero todo parece indicar que la agricultura urbana cubana tendrá que aprender a ser rentable en los términos que impone la lógica de la mercancía o perecer¹³.

REVOLUCIÓN AGROECOLÓGICA Y MENTALIDADES CAMPESINAS

¿Hasta qué punto la revolución agroecológica echó raíces en las mentalidades y las costumbres de los campesinos cubanos? ¿Qué efecto objetivo han tenido veinte años de programas de impulso de la agroecología en el campo cubano? ¿Es en el decenio de 2010 el campesinado cubano un actor decidido en pos de una transformación hacia una agricultura orgánica y sostenible?

Responder a estas preguntas exige algunas aclaraciones históricas. Una de las particularidades del socialismo cubano es que en Cuba no se colectivizó la tierra de forma forzosa. Es cierto que la dirigencia cubana ha creído siempre que las grandes granjas estatales eran un sistema de producción agraria superior. En consecuencia, ha apostado por ellas. Sin embargo, a diferencia de la URSS de Stalin, esta política agraria estatista y centralizadora siempre se ha movido en el terreno de los incentivos, respetando en última instancia el ritmo impuesto por la voluntad campesina. Pero los campesinos no se autodisolvieron como clase, como esperaba la dirigencia cubana y su teleología histórica progresista. Por el contrario, a pesar de sufrir una relativa marginación cultural y económica, durante todo el periodo revolucionario han logrado los mayores índices de rendimientos en sus cultivos y un mejor aprovechamiento de la tierra (Funes 2009a).

¹³ Cuba tiene derecho a construir todas las viviendas que su población necesite. Pero habiendo dado pasos muy avanzados en materia de integración agricultura-ciudad, fenómeno que será una necesidad global a medida que avancemos en el declive energético del siglo XXI y los sistemas alimentarios deban relocalizarse, resulta desalentador que el problema de la vivienda no se enfoque desde otro ángulo. Por ejemplo, uno que incluya a la agricultura como una función urbana prioritaria, y permita una planificación urbanística más integral y más sostenible.

Por tanto, en la Cuba socialista siempre ha existido campesinado. Éste, a su vez, no puede entenderse como un grupo homogéneo. Mientras que muchos adoptaron patrones tecnológicos de la revolución verde, otros muchos siguieron ligados a prácticas agrícolas tradicionales, y por tanto su forma de cultivar era espontáneamente sostenible¹⁴. Por tanto, la revolución agroecológica, al menos en materia de sustitución de insumos, no hizo sino recuperar tecnologías que todos los campesinos habían empleado hasta hacía poco tiempo. Sin embargo, aunque la industrialización agraria era un fenómeno relativamente reciente, su mitología ya había calado profundamente en las mentalidades campesinas. Por ejemplo en el tratamiento de los ritmos productivos. Con una producción cuyo valor ya no era de uso propio sino de cambio, la aceleración de la producción de comida se entendió como algo bueno en sí mismo.

Julia Wright (2005) realizó en el año 2001 una encuesta entre campesinos cubanos que resulta muy significativa para evaluar el cambio real operado en su nivel de conciencia agroecológica. Sus resultados nos dicen que la percepción de consecuencias negativas del modelo agroecológico fueron muchas, y además en aspectos tan importantes como la calidad de la producción, la incidencia de plagas, una menor fertilidad del suelo y la disminución de los rendimientos agrícolas. No es de extrañar, por tanto, que durante su trabajo de campo Julia Wright testimoniase que el 75% de los agricultores que entrevistó empleaban fertilizantes químicos en la medida de sus posibilidades, 65% plaguicidas de síntesis química, y que un 83% declarase que estarían dispuestos a usar más insumos químicos si estuvieran disponibles, aun a riesgo de conocer que pudieran ser perjudiciales para la salud.

Triangulando datos diversos de otros estudios (Machín Sousa et al 2010, Ríos Labrada 2011) cabe inferir que una conciencia agroecológica medianamente coherente, en mentalidad y en las prácticas, puede haber calado aproximadamente entre *un tercio* del campesinado cubano. Este resultado puede invitar al optimismo o al pesimismo. Un tercio es una proporción muy importante para un cambio tan radical y dado en tan poco tiempo. Sin embargo no hay que olvidar que Cuba constituye el referente mundial en esta materia y que para acometer una transformación hacia la sostenibilidad que sea posible cada vez nos queda menos tiempo.

Pero no todas son malas noticias. Los pequeños embriones de sostenibilidad agrícola que nacieron en Cuba en los años noventa siguen arrojando resultados esperanzadores para el resto del mundo. Son sin duda parciales y limitados, pero en el contexto de crisis civilizatoria y perspectivas de colapso en que nos sumerge el pico del petróleo funcionan como focos de luz. En este artículo no se va a entrar en profundidad en ellos porque su intención es compensar cierta idealización de la experiencia cubana, pero sería injusto no enumerarlos.

Lo primero que hay que destacar es que los movimientos agroecológicos crecen. Lo hace el Movimiento Nacional de Permacultura, el programa PIAL, el MACAC. Y no sólo crecen, sino que también hay cambios cualitativos en su influencia. Por primera vez aparecen señales de que se está superando la sustitución de insumos agrícolas, propia de una visión coyuntural, y surge un verdadero cambio de paradigma. Así lo demuestra la creciente implicación de muchos productores con prácticas de trabajo agroecológicas por decisión propia. Además de crecer cuantitativamente y cualitativamente, los proyectos también funcionan. Pongamos como ejemplo el programa de fitomejoramiento participativo impulsado por Humberto Ríos y el PIAL, que se basó en la conversión de los campesinos en socios científicos de los ingenieros agrónomos. Este programa les dio por primera vez a los guajiros la oportunidad de participar

¹⁴ Como afirma Riechmann (2003), no podemos caer en el error de concebir la agricultura como una actividad armónica con la naturaleza. En última instancia, la agricultura, incluso la tradicional o la ecológica, tiene un impacto ambiental muy elevado, lo que confirma la sentencia impuesta por la segunda ley de la termodinámica: el sentido de las sociedades humanas es un sentido trágico. Sin embargo, existen márgenes de viabilidad ecológica muy dispares entre la fisionomía biomimética de la agricultura tradicional y los procesos lineales, en palabras de Georgescu Roegen, de la agricultura industrial.

activamente en la selección de sus semillas bajo sus propios criterios culturales. También de convertirse en agentes de la difusión científica, intercambiando material genético y experiencias con sus vecinos. La idea general del programa era reivindicar el potencial de la biodiversidad y la autonomía del campesino para tomar decisiones relevantes, tanto productivas como científicas. Además de empoderar a los campesinos el programa ha obtenido resultados positivos contrastables. Por ejemplo en el aumento de la producción de las cosechas y también en la menor incidencia de plagas (Ríos Labrada 2006).

Cuba sigue ofreciendo argumentos cuantitativos muy potentes para que podamos defender la viabilidad de la agroecología como modelo agroalimentario. Las fincas campesinas que han evolucionado con mayor profundidad hacia un modelo agroecológico e integrado (agricultura y ganadería) se demuestran las más productivas, tanto en término monetarios como materiales¹⁵ (Funes 2009a). También son las más resilientes, con una mayor y más rápida recuperación ante turbulencias climáticas extremas, como huracanes (Machín Sosa 2010). Poseen además balances energéticos muy superiores a las fincas convencionales y un impacto en emisiones de carbono mucho menor (Ríos Labrada 2011). Fernando Funes (2009a:126) ha publicado estudios cuantitativos solventes sobre la posibilidad de lograr la autosuficiencia alimentaria de Cuba con una base agrícola 100% agroecológica, y el reto es técnicamente viable:

"Si los sistemas agroecológicos integrados presentados en este estudio fueran adoptados gradualmente sobre 3 millones de hectáreas, la mitad de la tierra cultivada de Cuba, sería posible satisfacer todas las necesidades alimentarias de la población cubana en un periodo de tres años."

Pero para que la agroecología pueda alimentar un país se requiere una proporción de población rural elevada. Por supuesto, mucho más alta de la que tiene Cuba, donde el 72% de la gente vive en ciudades. Como afirma Funes (op.cit:120), el cambio que haría posible la autosuficiencia agroecológica se topa en Cuba "*con grandes barreras conceptuales y metodológicas que impiden la transición tecnológica, financiera y socioeconómica [en el sector agropecuario]*". Algunas de estas barreras son culturales y afectan a toda la población, y otras derivan de consecuencias negativas del modelo político-social cubano.

LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO

El carácter socialista del régimen cubano fue de vital importancia para superar los años noventa sin una catástrofe social. Simplemente el mantenimiento de un sistema público de salud gratuito y universal, a pesar del desabastecimiento general de medicinas y equipo, apoya esta tesis. Pero los vicios del socialismo, al menos del socialismo estatista y autoritario que Cuba adoptó de la URSS, también impusieron una pesada losa a la adaptación del metabolismo cubano a las condiciones post-soviéticas.

Una de las medidas más importantes de esa tercera reforma agraria no oficial que tuvo lugar en Cuba en los años noventa fue la descentralización del campo. Muchas de las gigantescas granjas estatales se convirtieron en un modelo de cooperativa de menor tamaño, la Unidad Básica de Producción Cooperativa (UBPC), que teóricamente estaba controlado por los trabajadores en régimen de autogestión. Pero la realidad fue muy distinta a la teoría. En la práctica, la cultura económica verticalista heredada se impuso. El Estado continuó entrometiéndose autoritariamente en la gestión de las cooperativas, y el margen de autonomía económica de los trabajadores se convirtió en algo anecdótico. La gran mayoría de los estudiosos del fenómeno de las UBPC coinciden en que fue esta falta de respeto por su autonomía la que ha contribuido a su fracaso (Burchardt 2000, Jiménez 2005) Aunque más productivas que las granjas estatales, la productividad de las UBPC sigue estando a años luz de la de los campesinos particulares.

¹⁵ Los altos beneficios económicos que arroja la agricultura en Cuba vienen dados por un contexto económico muy especial que no es generalizable: el de una demanda que por muchas razones supera de forma permanente a la oferta y una producción protegida que no tiene que competir con el mercado internacional de alimentos.

Otro vicio del socialismo autoritario que ha condicionado la adaptación cubana han sido los recelos ante el mercado como mecanismo institucional que tiene una función insustituible en una sociedad moderna. Hay que pensar que el mercado libre agropecuario, institución fundamental para reactivar la producción local de alimentos, no se legalizó hasta que unos importantes disturbios populares urbanos, en agosto de 1994, cuestionaron la legitimidad del gobierno revolucionario y amenazaron el *statu quo* vigente. Este problema del rechazo al mercado es a la vez teórico y político. Políticamente el gobierno revolucionario ha visto en el pequeño comerciante el germen de una burguesía local de aspiraciones capitalistas y contrarrevolucionarias. Teóricamente, la dirigencia cubana ha distorsionado, como buena parte del marxismo, el análisis que Marx hizo de la mercancía como realidad social. Aunque resulta indudable que las relaciones mercantiles son el elemento constitutivo del capitalismo, ni el capitalismo ni la mercancía se pueden superar por decreto. En otras palabras, no basta con voluntad política: el mercado es una realidad económica objetiva al margen de las decisiones del Estado. Como constata Díaz Vázquez (2010: 41): "*al nivel actual de las fuerzas productivas, la humanidad está lejos de poder enviar el mercado, junto con la rueca y el telar manual, al museo de la historia*". Después del doloroso fracaso de la aventura antimercantil en países que paradójicamente tenían un capitalismo inmaduro¹⁶ (Rusia, Cuba, China) hoy ya pocos discuten en Cuba que un proyecto socialista estará obligado a convivir con mercados durante mucho tiempo, aunque estos presenten una naturaleza distinta a la de los mercados capitalistas.

En el 2008, Raúl Castro impulsó un proceso que puede calificarse de política decidida de recampesinización. Si Cuba quiere ser autosuficiente en materia alimentaria, la misión principal es eliminar el marabú¹⁷ que inutiliza las tierras estatales. Para ello, esos terrenos tienen que cambiar de manos y colocarse bajo la gestión de aquellos que han cargado, durante medio siglo, con la mayor parte de la responsabilidad en la producción de la comida cubana: los campesinos. Sin embargo, la burocracia ha puesto enormes trabas a este proceso. Al mismo tiempo que se han repartido tierras desde el 2008, el Ministerio de Agricultura prohibió a los nuevos campesinos edificar viviendas en sus nuevas fincas¹⁸. Esto, en un país en el que el transporte sigue siendo difícil, ha significado sencillamente un boicot directo a la producción. La burocracia del Ministerio de Agricultura ha tardado icuatro años! en estudiar el problema y permitir la edificación de las viviendas. Independientemente del ministerio para el que trabajen, esta es la misma burocracia que, defendiendo sus prerrogativas como clase social privilegiada, asfixia la actividad crítica interna que tanto necesita Cuba para reconducir su proyecto hacia un socialismo democrático y autogestionado.

SOSTENIBILIDAD E IMAGINARIOS POLÍTICOS

La dirigencia cubana jamás ha tenido en mente un modelo de desarrollo que contradiga la necesidad del crecimiento económico. Sí es verdad que el modelo de desarrollo cubano ha procurado centrarse en las políticas sociales y no en la acumulación de beneficios privados. Pero los medios buscados para conseguir este objetivo han seguido siendo el crecimiento exponencial de los grandes agregados macroeconómicos. Como pudimos ver en el siglo XX, capitalismo y socialismo terminaron descubriéndose como sistema con profundas raíces comunes: el mito del progreso, el imperativo de crecimiento perpetuo, el maquinismo fáustico y el impulso prometeico de dominación de la naturaleza.

¹⁶ Se puede especular, siguiendo a Marx, que en economías de capitalismo maduro las posibilidades para una superación de la lógica mercantil serían otras. Y sin embargo parece que incluso en una transición socialista o ecosocialista en un país muy desarrollado el mercado seguiría desempeñando cierto papel, aunque como afirmaba magistralmente Karl Polanyi en su obra maestra *La Gran Transformación*, un socialismo podría ser una sociedad con mercados, pero nunca una sociedad de mercado autorregulado, como aspira a ser el capitalismo hoy. Una buena actualización de estas discusiones en Arriola (2006).

¹⁷ El marabú es una mala hierba muy común en el campo cubano que se ha convertido, por su extensión, en un símbolo del fracaso agrícola del sector estatal.

¹⁸ Algunos sociólogos cubanos me apuntaron en privado que el verdadero motivo de este bloqueo interno puede estar motivado por la intención de ciertas burocracias medias, que estarían tomando posiciones para hacerse dueños de la propiedad de la tierra en un hipotético proceso de transición al capitalismo a la rusa.

Esta realidad es irrefutable. Y lo es pese a que Cuba haya demostrado una sensibilidad ambiental alta a lo largo de su historia, incluso pionera en según qué época, aunque más motivada, como me explicaba el ambientalista cubano Armando Fernández, por la preocupación de preservar la soberanía nacional, y por tanto los recursos propios, que por una visión ecológica. También aunque Fidel Castro haya sido una figura política que ha reconocido públicamente los peligros del pico del petróleo y la crisis socio-ecológica. Pero no hay que olvidar que el mismo Fidel Castro ha sido el máximo promotor, intelectual y político, del centralismo económico y el gigantismo desmesurado que ha deformado el metabolismo social cubano. Y es que hay que entender que la dirigencia revolucionaria participaba sinceramente, hasta rozar el fervor místico, en la fe en el progreso técnico, la gran escala y el control estatal.

Hoy la consigna que gobierna los intentos de reanimar la producción alimentaria del país es claramente antiecológica: aumentar los rendimientos por cualquier medio. Del mismo modo, desde los *think tanks* económicos cubanos el planteamiento de futuro no es otro que inducir al país a recuperar la senda del crecimiento medible en términos de PIB. Lo mismo se percibe de los *Lineamientos* en los que se bosqueja la dirección que debe tomar el modelo cubano en la próxima década. Incluso los discursos ambientalistas cubanos tienen claro la subordinación de la conservación ambiental a los imperativos económicos:

"Debemos analizar cuáles son los condicionantes de partida que se dan en la economía, que por supuesto, van a matizar los efectos de las medidas medioambientales (...) la aplicación de instrumentos de política ambiental no puede ser mecánica porque podría arruinar la coherencia de los sistemas financieros (Garrido Vázquez 1999: 283)".

El crecimiento económico: esa es la batalla, ese es hoy el prerrequisito. Lo demás, desde la política social a la protección del medio ambiente, se subordina a este objetivo central. Así, cuando el discurso oficial en Cuba habla de sostenibilidad, lo hace siempre desde una perspectiva que recuerda, en palabras de Naredo (2006), al mantra discursivo del desarrollo sostenible.

Una prueba de que el pensamiento de la dirigencia cubana sigue moviéndose en coordenadas incompatibles con una transición a la sostenibilidad, al menos entendida en sentido fuerte, es la implantación de los cultivos transgénicos en la isla. Esta implantación no ha estado exenta de debate, y de hecho ha producido un acontecimiento inédito en la historia de la Cuba revolucionaria: una polémica científica pública en la que una parte de la ciencia cubana ha discrepado de la línea política oficial (Funes y Freire, 2010). Sin embargo, a pesar de la fuerte oposición de un grupo importante de científicos, y a pesar de la experiencia que Cuba ya ha adquirido en materia agroecológica, los transgénicos capitanean la innovación agraria con el argumento, muy poco convincente, de que el marco político de Cuba anula los posibles perjuicios de dicha tecnología.

SOSTENIBILIDAD E IMAGINARIOS CIUDADANOS: EL PROBLEMA DE LA VIDA BUENA

Sin embargo, donde está el verdadero núcleo explicativo de la regresión socio-ecológica que está viviendo Cuba no es en el gobierno: es en la gente. Al fin al cabo las políticas nunca se hacen partiendo de cero, como si las sociedades fuesen una *tabula rasa*, sino que moldean un material social y cultural que viene dado históricamente. Por distintas razones, el imaginario común del pueblo cubano dista mucho de ser un imaginario guiado por principios de sostenibilidad. Al contrario. Para muchos cubanos, especialmente para las generaciones más jóvenes, el horizonte que desean con fervor es la sociedad de consumo.

La aparición de esta sed de consumismo responde a varios motivos. Por un lado, es indudable que el trabajo de desgaste cultural promovido por el exilio cubano en Miami, que tiene en la apología de las

formas de vida capitalistas una de sus principales bazas políticas, ha surtido efecto¹⁹. Pero el asunto tiene más aristas. Durante mucho tiempo el socialismo en Cuba, como sucedió en la URSS, fue un socialismo muy autoritario. En el plano de la vida cotidiana, gris y homogenizante. En ese marco cultural, el individuo era ahogado por la masa, lo que incrustó en las personas una necesidad muy marcada de diferenciación. Este desprecio de la singularidad individual ofrece hoy un terreno psicológico abonado para el consumismo, cuyo secreto no es otro que la recreación de la identidad personal. Si no resulta disparatado afirmar que fue el pop el que asestó el golpe de gracia a la Unión Soviética, al ser la planificación central un modelo económico incapaz de producir abundancia mercantil suficiente para alimentar subjetividades consumistas, algo parecido está sucediendo hoy en Cuba. A su vez, en los años ochenta, con su inserción en el CAME; Cuba experimentó una proto-sociedad de consumo que luego desapareció de golpe, en apenas unos meses. Por tanto las ganas de consumir en Cuba son ganas diferidas, aplazadas, y por ende reforzadas. Finalmente, es importante entender que la Revolución apostó por un paradigma propio de felicidad que ya había fracasado antes de los noventa. Este paradigma era un modelo espartano de austeridad revolucionaria, compensada por la riqueza de sentido de la vida colectiva y la satisfacción dada, supuestamente, por el protagonismo histórico y político. Pero este modelo era también autoritario y represivo, y no supo jugar a su favor con las ideas sesentaiochoistas de que la revolución *debía ser* también una transformación social en planos como la sexualidad, la creatividad, el urbanismo, el cuerpo o la vida cotidiana.

Por todo este conjunto de razones, la imagen de vida buena que los cubanos persiguen tiene poco que ver con una sociedad sustentable. En general, se podría resumir como algo cercano a un proyecto socialdemócrata en un país capitalista desarrollado: se desea una sociedad de consumo potente, que oriente el sentido de la vida hacia el juego de las identidades y el ámbito privado, pero que conserve las conquistas sociales de la Revolución en sanidad y educación. Curiosamente, muchas de las prácticas cotidianas sostenibles que los cubanos se vieron obligados a adoptar en los años noventa hoy son recordadas como un castigo, como algo vergonzoso. Así por ejemplo la cría de animales en las casas, que hoy se rememora como un deshonor²⁰. También la reutilización de residuos, la autoproducción de alimentos, las largas caminatas, la dieta vegetariana: buena parte de lo que a los activistas ecologistas extranjeros inspira y seduce está asociado a la pobreza y la penuria, a una época de sufrimiento y de retroceso.

Una científica ambiental cubana me confesó que, desde su perspectiva, Cuba pudo superar un reto tan duro una vez, pero si volvía a pasar por algo así se produciría un estallido social. Una agradable noche de noviembre frente al Malecón, bebiendo y charlando con unos amigos sobre la realidad del país, un joven que no tendría más de 18 años, y que además es hijo de una familia militar relativamente bien posicionada dentro del régimen, entró en cólera y comenzó a gritar que prefería morir asesinado a los 25 años en Estados Unidos, pero poder tener coche y ordenador, que morir en Cuba a los 70 oxidado en aburrimiento. Me pareció un dato antropológico clave para la investigación. Como imaginaba, esto no fue un simple exabrupto adolescente. A principios del 2014 el gobierno cubano legalizó la compra-venta de automóviles privados. Pero con la justificación de financiar el sistema de transporte público del país, introdujo una carga impositiva elevadísima sobre los mismos. El precio final de los coches supera hoy al precio de venta final en los mercados capitalistas. Lo que sumado al bajo sueldo que puede recibir un profesional cubano, no más de 35 dólares al mes, ha convertido el codiciado carro en un producto absolutamente inaccesible. Esto ha generado más polémica, más crítica y un rechazo social más agresivo que todas las deficiencias que en materia de derechos humanos puedan achacarse, justa e injustamente, al gobierno revolucionario.

El gran problema para la transición socio-ecológica es cómo volver *deseable* un horizonte de escasez

¹⁹ Y no sólo desde Miami. El esquema axiológico capitalista y sus valores se infiltran dentro de la sociedad cubana por muchos poros, siendo el turismo europeo y canadiense uno de los más destacables.

²⁰ En este caso concreto, operan estructuras simbólicas muy profundas: al fin y al cabo trazar una frontera infranqueable entre la casa y el animal que se cría para comer ha sido uno de los fundamentos del sistema de valores urbano, culmen de toda una cosmovisión de progreso social frente al mundo campesino.

energética y constricciones materiales. En otras palabras, como *reinventar la austeridad*. Esto sólo resultará posible si la pobreza energética es compensada con otro tipo de abundancia: de tiempo libre, de relaciones sociales, de creatividad. Tales son las herramientas que pueden ayudar a construir un nuevo sentido de la vida. En Cuba esto no se produjo. Faltaron intenciones y faltó clarificación de la oportunidad que brindaba el momento. Pero para ser justos, tampoco se puede reprochar mucho: al fin y al cabo luchar contra los males del despilfarro es mucho más fácil para aquellos que ya lo hemos conocido.

En definitiva, con una idea predominante de vida buena incompatible con criterios de sostenibilidad, es normal que muchas de las transformaciones sostenibles de la Cuba de los noventa fueran entendidas por los cubanos como ajustes a una situación excepcional. Una cuestión coyuntural que, para la mayoría, no *debe* cristalizar en cambios estructurales profundos, sobre todo si estos impiden alcanzar la tan anhelada orilla del desarrollo.

CONCLUSIONES: ALGUNAS REFLEXIONES PARA NUESTRO PERIODO ESPECIAL

Una de las mayores paradojas de Cuba en el siglo XXI es que, siendo uno de los países mejor posicionados para enfrentar una transición hacia un modelo de sociedad sostenible, los esfuerzos de su dirigencia, y los deseos de la gran mayoría de la población, van encaminados hacia la homologación con unas pautas civilizatorias, las de la sociedad de consumo, que están condenadas a la quiebra y el colapso socio-ecológico. Destinado el metabolismo social de la humanidad a una suerte de *Periodo especial mundial*, el caso de Cuba puede resultar amargo. Sin embargo, su valor como observatorio social e histórico sigue intacto, ya que del estudio del Periodo especial cubano podemos extraer reflexiones genéricas de vital importancia sobre un asunto crucial: las dificultades de las transiciones en pos de la sostenibilidad social.

Lo más importante que enseña el Periodo especial cubano es que la transición a la sostenibilidad es, ante todo, un *cambio cultural*. Y este cambio cultural no se produjo en Cuba. Seguramente no se podía producir. En parte porque nada lo hacía evidente. Al fin y al cabo, Cuba se hundía en la pobreza energética cuando las élites del planeta entero disfrutaban de la apoteosis y la *belle époque* de los años noventa, celebrando el supuesto fin de la historia y brindando en pos del crecimiento con un barril de petróleo que no superaba los 20 dólares. En un mundo que ya había silenciado las advertencias del Club de Roma, el caso de Cuba era más el epílogo del derrumbe del socialismo que el prólogo de una crisis de civilización agudizada²¹. También influyó que la cultura política cubana, en su autoritarismo y desconfianza ante la libertad de acción popular²², no facilitó un clima de debate sano y una opinión pública abierta. En otras palabras, una sociedad civil *viva*, que diera lugar a posiciones críticas con el modelo de desarrollo imperante, rol que pueden desempeñar en otros países movimientos sociales y ecologistas. Al fin al cabo, en los momentos de crisis muchas de las soluciones más importantes nacen en la incubadora de ideas y prácticas de pequeñas minorías que, hasta entonces, tienen un peso minúsculo en el funcionamiento de las sociedades. Curiosamente, el autoritarismo militar y burocrático cubano, que cortó de raíz la formación de estas minorías activas, tuvo alguna contrapartida interesante en materia de supervivencia: para 1990, Cuba había estudiado, al menos teóricamente, las posibilidades de una agricultura sin insumos químicos. A la vez, reservas de petróleo y alimentos se escondían en el subsuelo de todo el país. Pero esta anticipación no tuvo nada que ver con una conciencia ecológica. Fue, sencillamente, una operación de defensa preocupada

²¹ Una cuestión conceptual: "crisis civilizatoria", en el uso que dan muchos investigadores e investigadoras a la expresión, es la tesitura en la que nos encontramos ya desde los años setenta (no una sucesión de acontecimientos catastróficos en el futuro). El concepto, de hecho, remite a la crisis cultural de la Europa de entreguerras (puede verse al respecto Fernández Buey 1980). "Colapso civilizatorio" puede perfectamente entenderse como una 'transición de degradación con disrupciones': no es algo que vaya a darse de la noche a la mañana, claro está. Puede ser un proceso que dure medio siglo, o un siglo.

²² Sin duda el anquilosamiento burocrático y autoritario que sufre Cuba ha sido fomentado por la necesidad de defenderse de la agresión permanente de los Estados Unidos en una situación de evidente desigualdad de fuerzas. Pero sería incorrecto cargar en este hecho externo toda la responsabilidad. Concepciones políticas propias del leninismo, como la idea de liderazgo histórico o partido de vanguardia, contribuyeron mucho a generar esta pesada carga que ha lastrado enormemente las posibilidades de la Revolución cubana y ha enturbiado, hasta casi invisibilizar, muchos de sus logros.

por resistir una invasión militar.

Cuba nos sirve también para calibrar las potencialidades y los límites de muchas de las alternativas que barajamos, desde la agricultura urbana a la recuperación de tecnologías orgánicas en el cultivo. También para repensar el papel del campesinado en una sociedad sostenible, o los mercados como institución económica, o la centralidad de ciertas políticas públicas para garantizar la supervivencia de la población en contextos de crisis energética. O como un termómetro antropológico con el que aproximarnos, de forma concreta, a las implicaciones de un *shock* petrolífero en la vida y la biografía de las personas. No obstante, extrapolar desde Cuba resulta un ejercicio complicado. No podemos olvidar que Cuba es una excepción política. En las sociedades capitalistas la relocalización de la economía en el ámbito municipal no se encontrará con las trabas impuestas por una burocracia ineficiente y autoritaria, o al menos no con el mismo grado de obstáculos. Paralelamente, en una sociedad capitalista neoliberal los proyectos agroecológicos locales tienen que enfrentarse a la competencia despiadada de los oligopolios, tanto productivos como distributivos, que controlan la cadena alimentaria mundial, mientras que en Cuba el campesinado está cubierto por el proteccionismo de una economía cerrada en materia alimentaria. En sociedades constitucionalmente liberales resulta más sencillo que movimientos sociales heterodoxos difundan ideas y organicen alternativas que sirvan para desarrollar *experiencias embrionarias* que faciliten la transición socio-ecológica. Pero al mismo tiempo el desmantelamiento de los sistemas públicos de cobertura social (educación y sanidad), y la ausencia de voluntad gubernamental para equilibrar socialmente el impacto de la crisis, puede desembocar en escenarios de futuro mucho más traumáticos.

El siglo XX nos enseñó las enormes dificultades de la transición al socialismo en un sólo país. De un modo parecido podemos pensar la transición socio-ecológica: realizarla en un sólo país parece un imposible. Creo que los ecologistas hemos subestimado la *mutación antropológica*, en palabras del poeta italiano Pier Paolo Pasolini, que ha supuesto la sociedad de consumo. Su hipnosis social, su capacidad de seducción, el modo en que ha transformado nuestros sentidos de vida y el modo de relacionarnos. El caso de Cuba nos muestra que mientras existan referentes en los que la sociedad de consumo sea un proyecto viable, aunque sea en tierras lejanas, la autocontención y la vida frugal tiene pocas posibilidades de ganarse a las grandes mayorías. Y las grandes mayorías son imprescindibles si queremos que la aventura de la sostenibilidad sea también un proyecto democrático²³. A no ser que ocurra un hecho muy improbable, un milagro en sentido laico (Jorge Riechmann 2013), y se despliegue en las próximas décadas un proceso de conversión de las subjetividades de un alcance similar al que pudo tener el cristianismo durante el crepúsculo del mundo romano, pero con la explosividad histórica del Islam. Manuel Sacristán coqueteaba ya con estas analogías al afirmar que un ser humano que sea capaz de respetar la naturaleza es un ser humano que ha pasado por algo muy parecido a una conversión religiosa (Sacristán 2005).

Sin embargo, esto es solo una metáfora. Sinceramente cuesta creer que el retorno de los sistemas de pensamiento irracionales sea la solución. El reto es ir *más allá de la Ilustración*, no más atrás. Lo que quizá sí necesitemos los movimientos en transición en pos de la sostenibilidad, que algunos además entendemos como una realidad necesariamente poscapitalista, es una *imagen atractiva* del mundo que queremos construir. En definitiva, un mito que nos impulse. Como dijo una vez la poeta y activista política Muriel Rukeyser, "el universo está hecho de historias, no de átomos" (citada en Impey 2010: 11). Ninguna de las grandes intervenciones intencionales de los seres humanos en el curso de la historia han podido incidir sin el respaldo de un mito. Este pudo ser nefasto, como el *Reich* de los mil años, o más sugerentes, como la utopía democrática americana que loaba Whitman o el paraíso comunista en la tierra que cantaba la Internacional. El gran reto es que los mitos no se pueden crear artificialmente, no tienen autor: nacen

²³ La cuestión de la democracia es esencial. Sin una voluntad popular ecológica masiva, el siglo XXI terminará derivando en regímenes políticos totalitarios que gestionarán los recursos naturales menguantes. Dictaduras neomalthusianas imponiendo un nuevo darwinismo social que puede hacer palidecer a los totalitarismos del siglo XX (Amery 2002).

de las prácticas cotidianas de las personas.

Si estamos huérfanos de un mito movilizador, entonces el punto de apoyo para mover el mundo hacia la sostenibilidad no es otro que ser capaces de rearmar el tejido de la socialidad humana, gravemente deteriorado por la dinámica capitalista, a través de una laboriosa tarea de Penélope cuyas puntadas de hilo serán prácticas cotidianas capaces de reivindicar una vida mejor que sea, a la vez, sencilla en términos ecológicos. Estas prácticas se retroalimentaran poco a poco con nuevas narrativas, discursos y proyecciones utópicas que permitan darles consistencia simbólica, y por tanto arraigo.

Por supuesto, ni mucho menos basta con esto. Cualquier iniciativa personal o comunitaria en una escala capilar será impotente si no logra articularse con una alternativa socio-política en la escala macro, cuyos rasgos, de modo positivo y negativo, podemos entrever en la experiencia cubana. Pero para que esta alternativa no sea una simple voluntad abstracta de cambio y podamos dotarla de contenidos concretos y efectivos que la sustenten, la cuestión del cambio cultural, y por tanto de la *mutación de las cotidianidades*, es fundamental. El caso cubano lo demuestra. En otras palabras, lo que nos puede permitir romper el círculo vicioso que Cuba no consiguió romper es ser capaces de construir una nueva cultura basada en el disfrute colectivo, comunitario, equitativo y autogestionado de los dones que nos ofrece la *lujosa pobreza*.

BIBLIOGRAFÍA

Amery, Carl (2002): *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*, Turner/ FCE, Madrid.

Armas Guillén, Tamara de y Castro, Débora (2007): Impacto de la contaminación ambiental sobre cultivos: metales pesados, en *Ciencia y Tecnología de los alimentos* Vol.17 No 1, pp.75-80.

Arriola, Joaquín (ed.) (2006): *Derecho a decidir. Propuestas para el socialismo del siglo XXI*, Libros del Viejo Topo, Barcelona 2006.

Avery, Dennis (2010): *Cubans starve on a diet of lies*. En: <http://www.cgfi.org/2009/04/cubans-starve-on-diet-of-lies-by-dennis-t-avery/> Consultado el 7 de Abril de 2014

Banco Mundial et al (2000): *World Resources 2001-2002, peoples and ecosystems*, En: http://pdf.wri.org/world_resources_2000-2001_people_and_ecosystems.pdf.

Boys, Tony (2000): Causes and Lessons of the "North Korean Food Crisis"

En: <http://www9.ocn.ne.jp/~aslan/dprke.pdf>. Consultado el 7 de Abril de 2014.

Burchardt, Hans Jürgen (2000): *La última reforma agraria del siglo*, Caracas: Nueva Sociedad.

Cruz, María Caridad y Sánchez, Roberto (2001) *Agricultura y ciudad, una clave para la sustentabilidad*, La Habana, FANJ.

Díaz Vázquez, Julio (2010): "Gestión y dirección de la economía" en Everlenny, Omar (comp): *50 años de la economía cubana*. La Habana: Editorial Ciencias sociales.

Everlenny, Omar (2010): *50 años de la economía cubana*. La Habana: Editorial Ciencias sociales.

Fernández Buey, Paco (1980): "Sobre la crisis y los intentos de reformular el ideario comunista", largo artículo publicado en dos números de *mientras tanto*: números 3 y 4, Barcelona.

Ferriol, Ángela y otros (2006): "El desarrollo social en Cuba" en Casanovas, Alfonso (coord.) *Estructura económica de Cuba*, La Habana: Félix Varela, pp. 28-86

Funes, Fernando (2009a): *Agricultura con futuro: la alternativa agroecológica para Cuba*, Matanzas: Estación experimental Indio Hatuey,

Funes, Fernando (2009b): *Response to an article by Dennis Avery titled "Cubans Starve on a Diet of Lies"*.

En: <http://www.foodfirst.org/en/node/2452>. Consultado el 7 de Abril de 2014

Funes, Fernando y Freire, Fernando (2010): *Transgénicos: ¿Qué se gana y qué se pierde? Textos para un debate en Cuba*, La Habana: Félix Varela.

García, Ramón (2012) *Debates libertarios cubanos*, La Habana: manuscrito inédito

Garrido Vázquez, Raul (1999): " Una primera aproximación a la aplicación en Cuba de instrumentos y medios de carácter económico para la protección del medio ambiente" en Delgado Díaz, Carlos Jesus (comp) *Cuba, en busca de un modelo para la sustentabilidad del siglo XXI*, La Habana: José Martí.

González Pozo, Camilo (1995): *El milagro cubano: reporte después de la hecatombe*, Bogota: Indepaz.

Impey, Chris (2010): *Cómo acabará todo*. Libros del Viejo Topo, Barcelona.

Jiménez, Reynaldo (2005): *Evaluación para la participación social en las UBPC: estudio de caso*, La Habana: Universidad de La Habana-FLACSO.

Kurz, Robert (1994): *El fin de la política*, en: <http://o-beco-pt.blogspot.com.es/2009/08/robert-kurz-el-fin-de-la-politica.html>. Consultado el 8 de Abril de 2014.

Machín Sosa, Braulio et al (2010): *Revolución agroecológica: El Movimiento Campesino a Campesino de la ANAP en Cuba. Cuando el campesino ve, hace fe*, La Habana: ANAP.

Mesa-Lago, Carmelo (1998): "Assessing Economic and Social Performance in the Cuban Transition of the 1990s", *World Development* 26(5), pp. 857-876.

Mesa-Lago, Carmelo (2005): "Problemas sociales y económicos en Cuba durante la crisis y la recuperación". *Revista de la CEPAL* Nº 86, pp. 183-205.

Murphy, Pat y Morgan, Faith (2013): "Lesson from a forced decline" en The Woldrwach Institute, *State of the world 2013 Is the sustainability still possible?*, Londres: Island Press, pp 332-426.

Naredo, José Manuel (2006): *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI.

Neef, Max (1986): *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*, Santiago de Chile: Cepaur.

Oficina Nacional de Estadísticas de Cuba -ONE- (2012): Anuario estadístico de Cuba 2011. En: http://www.one.cu/aec2011/esp/10_tabla_cuadro.html. Consultado el 8 de Abril de 2014.

Oliveros Blet et al (1998): *El abasto alimentario en Cuba y sus mecanismos de funcionamiento*, La Habana: manuscrito inédito.

Perera Pintado, Ana Celia et al (2006): *Religión y cambio social. El campo religioso cubano en la década de los 90*, La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Pérez Pérez, Magela (2007): *Una visión acerca de la sustitución de importaciones de alimentos en Cuba*. Tesis de Master en Ciencias Económicas, La Habana: Universidad de La Habana.

Pérez Rojas, Niuka et al (2001): *Participación y desarrollo agrícola en Cuba*, La Habana: Universidad de La Habana.

Pfeiffer, Dale Allen (2003): Aprendiendo la lección de la experiencia: las crisis agrícolas de Cuba y Corea del Norte. En: <http://www.abayalacolectivo.com/web/compartir/noticia/aprendiendo-la-leccion-de-la-experiencia--las-crisis-agricolas-en-corea-del-norte-y-cuba>. Consultado el 8 de Abril de 2014.

Pimentel, David y Pimentel, Marcia (2008): *Food, energy and society*, Boca Raton: CRC Press.

Riechamnn, Jorge (2003): *Cuidar la T(t)ierra*, Barcelona: Icaria.

Riechmann, Jorge (2013) : *Fracasar mejor*, Zaragoza: Olifante.

Ríos Labrada, Humberto (2006): *Fitomejoramiento participativo: los agricultores mejoran cultivos*, La Habana: INCA

Ríos Labrada et al (2011): *Innovación agroecológica, adaptación y mitigación del cambio climático*, La Habana: INCA.

Rodríguez Alfaro, Mirelys (2012) "Contenidos en metales pesados en abonos orgánicos, sustratos y plantas cultivadas en organopónicos" en *Cultivos Tropicales*, vol. 33, no. 2, pp. 5-12.

Rosset, Peter y Benjamin, Medea (1994): *The greening of the revolution. Cuba's experiment with organic agriculture*, Melbourne: Ocean press.

Rosset, Peter y Bourque, Martin (2001): "Lecciones de la experiencia cubana" en Funes, Fernando et al (eds) *Transformando el campo cubano: avances en agricultura sostenible*, La Habana: ACTAF.

Sacristán, Manuel (2005): *Seis conferencias: sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, Barcelona: Los Libros del Viejo Topo.

Sanchez-Egozcue, Jorge Mario y Triana, Juan (2010): "Panorama de la economía, transformaciones en curso y retos prospectivos" en Everleny, Omar (coord.) *50 años de la economía cubana*, La Habana: Editorial Ciencias sociales, pp. 83-152.

Sinclair, Minor y Thompson, Martha (2001): *Cuba going against the grain: agricultural crisis and transformation*, Boston: OXFAM.

Valdés Paz, Juan (2009): *Los procesos de organización agraria en Cuba 1959-2006*, La Habana: FANJ.

Véspera de Nada (2013): *Guía para o descenso enerxético*, Santiago de Compostela: Véspera de Nada.

Wright, Julia (2005): *Falta petróleo! Perspectives on the emergency of a more ecological farming and food system in post-crisis Cuba*, Thesys, Wageningen, Wageningen University.